

Christopher Dyer

A country merchant, 1495-1520. Trading and farming at the end of the Middle Ages

Oxford, Oxford University Press, 2012, 272 páginas.

Por su imagen de portada, el *Retrato de un mercader* de Jan Gossaert (c. 1530), el último libro de Christopher Dyer podría parecer una biografía. Y es cierto que, durante los últimos años, los trabajos biográficos han gozado de una mejor consideración entre los profesionales de la historia. Sin embargo, no estamos ante un libro biográfico. De hecho, las grandes fechas que jalonaron la vida del protagonista, John Heritage, como su nacimiento, su matrimonio, el nacimiento de sus hijos o su muerte, nos son desconocidas. Además, las referencias documentales no se limitan a la persona de John, sino que –como es costumbre en el autor–, Dyer hace un uso amplio de las fuentes documentales y arqueológicas, lo cual le ha permitido contextualizar ricamente la trayectoria del protagonista. Así pues, la metodología empleada se acerca más a la prosopografía que al trabajo biográfico, ya

que la acumulación de referencias aisladas, irrelevantes por sí solas, en conjunto permite vislumbrar el itinerario personal del individuo pero también entender mejor el grupo al que pertenece, en este caso, el de los pequeños mercaderes. La primera vez que el profesor Dyer topó con John Heritage fue en 1967, justo en los inicios de su carrera investigadora. Ahora, cuarenta años después, el autor completa el círculo con este trabajo. El grueso de la investigación se sustenta en uno de los libros de cuentas confeccionados por el propio John Heritage y que se conservaba en la Abadía de Westminster donde fue hallado por el musicólogo Roger Bowers en 1995, quien puso la noticia en conocimiento de Dyer.

Y es que, como revela el propio Dyer, la finalidad no es, al menos no únicamente, la de narrar o describir el recorrido vital de este mercader que ha centrado la investigación. Más bien se trata de utilizar la his-

toria de John Heritage como hilo conductor para profundizar en el estudio de un período de intensos cambios no sólo en Inglaterra sino también en Europa, como es el tránsito del siglo xv al xvi. En otras palabras, ajustar la lente de observación a un nivel micro para perfilar con mayor nitidez las fases y las características de diversos procesos históricos que se producen en tiempos de John Heritage. Quizás para escapar de este individualismo, el nombre del protagonista está ausente del título.

Así pues, el interés que para los historiadores puede tener John Heritage reside en su papel como contacto entre el mundo local rural con los mercados internacionales. Por ello, Dyer trasciende lo anecdótico y circunstancial de este mercader para profundizar en las problemáticas y los procesos históricos que tuvieron lugar en la época y que en las últimas décadas han llamado la atención de los investigadores. Estos temas que estructuran el libro son la familia, las relaciones campo-ciudad, el negocio de la lana, la integración de la ganadería y la agricultura, los *enclosures*, las relaciones feudovasalláticas y los desequilibrios internos de las comunidades campesinas, aunque la cuestión fundamental que subyace en todo el trabajo es la transición al capitalismo.

John Heritage nació en torno a 1470 en el seno de una familia de campesinos acomodados de Burton Dassett, un pequeño pueblo situado en el Warwickshire. El inventario *post mortem* de los bienes de su padre, Roger Heritage, revela un nivel de riqueza por encima de buena parte de la comunidad, caracterizada por su diversidad

y por una buena integración entre ganadería y agricultura. La dimensión de la familia, con ocho hijos que consiguen llegar a la edad adulta y los seis jornaleros a su servicio, da buen testimonio de la estabilidad económica de esta unidad familiar. Otra de las características de estos grupos acomodados es la tupida red de contactos que urden más allá de su zona de origen, algunos de los cuales se consolidan mediante el matrimonio de los hijos. Así fue como se acordó el matrimonio del propio John Heritage con la hija de Richard Palmer, un modesto mercader de Moreton-in-Marsh (Gloucestershire). Después de un par de años en Burton, finalmente el matrimonio se estableció en Moreton, una de las numerosas *small towns* que vertebraban el territorio inglés.

Ya instalado en dicha ciudad, John dejó en un segundo lugar las actividades agropecuarias en las que se había centrado su padre, limitándose al arrendamiento de tierras y a la cría de ganado ovino, para dar mayor protagonismo al comercio, sobretudo de la lana. Fue entonces cuando empezó a redactar sus libros de cuentas que reflejan tanto la diversidad como el volumen de sus negocios. El ejemplar que nos ha llegado abarca entre los años 1501 y 1520, que muestra una gran variedad durante el período. Así, entre 1501 y 1506 llegó a vender al año más de 40 sacos de lana (unos 6.552 kg) aunque este nivel de compraventa varió a la baja y entre 1513-1520 apenas superaba la quincena de sacos vendidos. Este descenso en el nivel de compraventas, según Dyer, sería el resultado de una decisión personal más que una pér-

dida de mercado. Heritage adquiría la materia prima a distintos productores, desde campesinos a grandes señores de la región de Warwickshire y de Gloucestershire, y la conducía a Londres para venderla a los comerciantes internacionales que enviaban el producto a Calais. Heritage, sin embargo, no se limitaba a comerciar con la lana sino que trataba de estar presente en todo el proceso productivo excepto la confección de paños, que se hacía en el continente. Así, poseía su propio rebaño de ovejas, que durante la primera década del siglo XVI llegó a superar las 2.000 cabezas, además de vacas y caballos, arrendaba zonas de pasto que luego subarrendaba, en parte, a otros productores y comercializaba productos derivados como queso, leche y, en menor medida, carne y cuero. A menudo, también actuó como prestamista de muchos de sus convecinos y de sus clientes. Los carros que viajaban cargados de lana a Londres volvían repletos de productos adquiridos en la capital, algunos de ellos procedentes del nuevo mundo, para ser vendidos en Moreton-in-Marsh y otras ciudades de la región. En este sentido, su integración en la comunidad local fue absoluta tanto desde la perspectiva económica como desde el punto de vista social, pues ejerció diversos cargos en el gobierno municipal. Los últimos años de John Heritage son bastantes oscuros y únicamente podemos aventurar que debió morir en los años treinta del siglo XVI, tras instalarse en Londres.

John Heritage es definido por sus contemporáneos como *yeoman*, un término cuyo significado había sido reformulado a inicios del siglo XVI para describir una

nueva realidad social: los sectores intermedios entre el campo y la ciudad. Si lo pensamos bien, esto tampoco es ninguna novedad del otoño medieval, pues grupos a caballo entre el mundo rural y urbano ya existían antes de la peste negra. Sin embargo, los cambios producidos en la segunda mitad del siglo XIV permiten a estos individuos ampliar las posibilidades de inversión más allá de las actividades agropecuarias e incluso también aquí introducen cambios en las formas de gestión, en los cultivos y en el paisaje. En el siglo XV este es un fenómeno a escala europea, del Rin al Guadalquivir y de la campiña inglesa a la *horta* valenciana. Basta con recordar la figura de Martin Guerre, perteneciente también a la oligarquía local, a quien Natalie Z. Davis definió ya en 1982 como miembro de una familia de «mercaderes rurales» (Davis, 1982), una expresión ahora utilizada también por Dyer. Pero el caso inglés es, de todos, el más singular porque es el único que va a dar lugar a una categoría o grupo social concreto, el de los *yeomen*. Como bien muestra la historia particular de John Heritage, su familia era considerada por sus vecinos como *farmer*, es decir, campesinos propietarios de más de 40 ha. de tierras que gestionaban mediante arrendamientos; a menudo también arrendaban la reserva señorial y poseían una cantidad considerable de ganado, entre ovejas, vacas y caballos. Además, arrendaban las rentas señoriales y las eclesiásticas y formaban parte de la pequeña burocracia del señor o bien participaban del gobierno local, como en el caso de Roger Heritage. La siguiente generación heredará el patrimonio pero

también las actitudes y los comportamientos, buscando incrementar sus beneficios. Son estos individuos quienes, como el propio John Heritage, no dudaban en desprenderse de las tierras familiares si con ello obtenían nuevas posibilidades de negocio y quienes deciden sustituir la agricultura por la ganadería, cercando las parcelas propias (*enclosures*).

El paisaje rural inglés cambia y lo hace por la acción de estos individuos. Ahora, los sectores acomodados de la sociedad rural inglesa son claramente identificados dentro de una categoría social concreta y específica, los *yeomen*, diferentes del campesinado o de la pequeña nobleza, *gentry*. Esta calificación acompañará a la familia hasta que consiga su ennoblecimiento o se diluya de nuevo entre las filas del campesinado. En cambio, en el resto de Europa, las familias con una caracterización muy similar carecen de una categorización que permita identificarlas de forma tan nítida y precisa. Por supuesto, sus contemporáneos fueron plenamente conscientes de la excelencia y el nivel de riqueza de estas familias. Para los investigadores del continente, sin embargo, reconocer estos grupos acomodados resulta más complejo y solamente a través del trabajo prosopográfico se puede llegar a conocer su trayectoria. Es por ello que en los últimos años ha tenido cierto recorrido entre los historiadores del campo la expresión «elites rurales» para definir a estos grupos dirigentes de la sociedad campesina, que gozaban de un nivel de riqueza significativamente superior a sus vecinos y que participaban de la dirección política de la comunidad, a menudo en colaboración con

el señor. Sin embargo, a diferencia del caso inglés, buena parte de estas elites rurales continentales trataron de integrarse en los sectores inferiores y medios de la nobleza o de la burguesía, que también tenía como horizonte social su integración en las filas nobiliarias.

Con la historia personal de John Heritage y, en general, analizando el papel de los *yeomen* en la transición del Medievo a la época moderna, Dyer recupera un viejo tema historiográfico que, en realidad, siempre ha estado latente, al menos para la historiografía de la Europa atlántica, como es la transición del feudalismo al capitalismo. Como afirma Dyer, –quien, por cierto, en ningún momento hace uso de la expresión *rural elite* para definir a la familia Heritage– fueron los *yeomen* quienes junto con algunos sectores de la *gentry*, iniciaron el largo camino hacia el capitalismo. Fueron estos individuos quienes rompieron con algunas prácticas tradicionales de la sociedad rural inglesa y decidieron cercar sus parcelas; y trataron de incrementar la calidad de la lana mediante la selección de los animales o mediante la mejora en la alimentación y con su estabulación. Sus contactos comerciales les permitían actuar como redistribuidores de productos llegados de la ciudad en el campo. Sin embargo, su papel no se circunscribía a las cuestiones puramente económicas pues estos grupos intermedios entre el campo y la ciudad a menudo difundían entre la sociedad campesina pautas de consumo y comportamientos traídos de la ciudad.

Estamos ante un libro que permite la lectura del especialista pero también del

profano en la materia pues la redacción está muy cuidada, algo también muy propio de Dyer. Esto permite, por otra parte, que la lectura resulte altamente estimulante, tanto para los investigadores del periodo como para los que se inician en el estudio de la sociedad preindustrial europea, dotándoles, a unos de los instrumentos y argumentos para el debate científico, a los otros de una visión de conjunto pero tam-

bién de detalle sobre un período de fuertes cambios no solamente en Inglaterra sino en el conjunto de Europa.

Frederic Aparisi Romero

Universitat de València

REFERENCIA

DAVIS, N.Z. (1982): *Le retour de Martin Guerre*, Paris, Robert Laffont.

Craig Muldrew

Food, Energy and the Creation of Industriousness. Work and Material Culture in Agrarian England 1550-1780

Cambridge Studies in Economic History, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, 355 páginas.

La obra de Craig Muldrew es, sin ninguna duda, ambiciosa tanto por los objetivos que se fija, como por su amplitud cronológica y por la variedad de enfoques y métodos a los que recurre. A partir de una investigación sobre la alimentación de los trabajadores agrícolas de la Inglaterra moderna y las condiciones y niveles de vida en el campo, el autor propone una reflexión mucho más global sobre lo que se ha dado en llamar la «revolución industrial», la relación de los obreros con el trabajo y el papel de éste en los importantes cambios económicos que afectaron al campo inglés en los siglos XVII y XVIII.

El autor apoya su discurso en la idea de que la alimentación disponible constituye un factor esencial para comprender el desarrollo económico de una sociedad preindustrial, en la medida en que las calorías consumidas son la principal fuente de ener-

gía, el petróleo de la época moderna podríamos decir. De ahí la opción de estudiar únicamente a los trabajadores agrícolas (*labourers*). Éstos ocupaban un lugar central desde este punto de vista ya que, con su trabajo, proporcionaban la energía a toda la sociedad y eran remunerados en dinero pero también en especie, es decir en energía. Este papel de la alimentación como fuente de energía para toda la sociedad, por un lado, y como forma de remuneración de los trabajadores agrícolas, por otro, explica la elección de Muldrew de no limitar su análisis de la evolución de los niveles de vida solamente a la vertiente estadística del fenómeno. Por el contrario, el autor recurre a una multitud de fuentes de naturaleza muy diferente: datos sobre los precios y salarios, pero también inventarios *post mortem*, libros de administración doméstica y de contabilidad de la explotación, fuentes

literarias, panfletos, obras de economía política, etc. Por tanto, la obra se apoya, a la vez, sobre el vaciado de fuentes primarias y sobre abundantes fuentes secundarias.

La obra comprende siete capítulos (incluida la introducción general), pero está organizada en dos partes. Los capítulos segundo, tercero y cuarto intentan medir el consumo y el nivel de vida de los trabajadores agrícolas a través del examen de su alimentación, lo que este consumo podía representar en calorías por día y los bienes materiales que poseían, gracias a los inventarios *post mortem*. Los tres últimos capítulos, reconsideran, a la luz de las aportaciones de la primera parte, el concepto de revolución industrial tal como lo introdujo De Vries. El deseo de consumir más, se pregunta Muldrew, ¿puede por sí sólo explicar el aumento del trabajo y de la participación en el mercado que los individuos están dispuestos a consentir para satisfacerlo? Esta actividad suplementaria, ¿no deriva igualmente de una valoración del trabajo en sí mismo, como valor espiritual en una sociedad puritana (Ch. Hill)? Sin descartar estas hipótesis y, especialmente, la de una nueva mentalidad de «*labour preference*», Muldrew insiste también desde la introducción en el hecho de que el aumento del trabajo aceptado por los *labourers* es también el resultado del descenso de los salarios reales en la primera mitad del siglo XVII, que incitó a trabajar más e incrementó la competencia en el mercado de trabajo.

El primer capítulo, dedicado a «lo que comían los trabajadores», presenta las prescripciones médicas y de higiene alimenta-

ria en la literatura médica inglesa de la época moderna, pero busca igualmente describir lo que los *labourers* consumían efectivamente, a partir de los libros de cuentas. Destaca que la alimentación era mucho más variada de lo que afirma el estereotipo de una alimentación a base de queso y sopa. El pan se hacía muy a menudo en casa –se contabilizan más carnicerías que panaderías–, la carne no estaba ausente de la mesa –hervida durante la semana; asada el domingo–, la cerveza, nutritiva, era muy consumida. El autor insiste en la variedad de productos disponibles y la gran cantidad de frutas y verduras consumidas. La disponibilidad de proteínas y de vitaminas parece, pues, totalmente adecuada y sólo el consumo de leche resultaba insuficiente, lo que se traduciría en la talla media de la población. El lector puede preguntarse, sin embargo, sobre la relación que se establece, a veces de manera demasiado directa, entre la constatación de la variedad de productos disponibles y el hecho de deducir de ello que todos estos alimentos estaban presentes en cantidad suficiente. Del mismo modo, parece un poco arriesgado concluir un consumo elevado de carne de animales domésticos a partir de un solo ejemplo. El capítulo segundo intenta responder a estas eventuales críticas mediante el cálculo del número de calorías disponible por *labourer*. Para ello, Muldrew se apoya en libros de contabilidad y en las prescripciones alimentarias para los soldados. A partir de estas estimaciones, calcula la cantidad de trabajo que podrían suministrar, sin dejar de señalar las dificultades metodológicas de

esta estimación. Los datos son, a menudo, dispersos y resulta difícil tener en cuenta las modificaciones del régimen alimentario en el curso de este periodo, con la introducción de la patata y del azúcar. Si el valor calórico de las verduras es bastante fácil de establecer a partir de los conocimientos actuales, es más complicado tener la misma certeza para los alimentos preparados, entre los cuales el pan ocuparía el primer puesto. El autor emprende, a partir de literatura secundaria, una evaluación de la producción agrícola total y traza una evolución general del consumo alimentario: aunque la cantidad de calorías resulta suficiente para sobrevivir a comienzos del siglo XVII, parece, en cambio, insuficiente para realizar un trabajo duro. Se produciría un aumento entre el siglo XVII y el XVIII, antes de descender después de 1770, al reducirse la aportación calórica media por el aumento de la población.

El capítulo cuarto está dedicado al nivel de vida de los trabajadores a través del uso de una fuente clásica, los inventarios *post mortem*, una documentación muy rica pero cuyos límites son bien conocidos. El autor compara series procedentes de seis condados ingleses diferentes, aunque más bien ricos y dinámicos. El aumento del número y la variedad de los bienes de consumo presentes en las viviendas de los *labourers* parece evidente. La calidad de los objetos también mejora. En conjunto, si antes de 1650 los *labourers* realizan un consumo de supervivencia, los objetos de confort se multiplican, el recurso al crédito aumenta y los niveles de vida mejoran. Esta elevación del nivel de vida es objeto de estudio

en el capítulo siguiente, consagrado a las rentas de los hogares. Muldrew analiza conjuntamente la evolución de la curva de salarios y las contabilidades agrícolas, para tratar de integrar la parte de los pagos en especie en el cálculo de la renta y deduce que se produjo un aumento de los salarios entre 1625 y 1740, en particular los de las mujeres. Naturalmente, se pueden discutir estas estimaciones, que se apoyan sobre bases y fuentes a menudo diferentes, pues resulta difícil al final del análisis, como el propio autor admite, evaluar un dato aparentemente tan simple como el número de horas de trabajo y de descanso por semana en el seno del hogar. El capítulo sexto prosigue este esfuerzo de medición y se concentra en la productividad del trabajo agrícola de los *labourers*. Las evaluaciones, que se sustentan en contabilidades de explotación o en los escritos de Arthur Young, son de una gran precisión pero se basan sólo en algunos casos y no permiten establecer con claridad la evolución secular. Su generalización, sin duda, es imposible, pero el conjunto de elementos reunidos por el autor permite, al menos, mostrar que hay un paso entre la situación de estos *labourers* y la de los pobres. El autor propone, en este sentido, una visión a contracorriente de una concepción miserabilista de este mundo de trabajadores agrícolas.

La reflexión sobre el lugar que ocupaban los *labourers* en el momento en que se elaboraron las *Poor Laws* lleva a Muldrew a preguntarse por la diferenciación social en el seno de este grupo social. Plantea así la cuestión de la competencia entre *labourers* en el acceso al mercado de trabajo y

más ampliamente, en el último capítulo, la cuestión del desarrollo de una ideología favorable al trabajo y al esfuerzo, una «ideology of industriousness» que marcaría la diferenciación creciente en la estructura social de este grupo. En este sentido, el capítulo séptimo analiza los discursos, los debates sobre los pobres y la literatura sobre economía política de los siglos XVII y XVIII. Muldrew busca saber si estos escritos contenían una apreciación diferente de estos trabajadores, según trabajaran mucho o poco. En conjunto, los pensadores del s. XVII y XVIII contemplaban con una mirada diferente a los trabajadores agrícolas, por una parte, y a los pobres por otra; el término *honest* se utilizaba de manera muy frecuente para calificar a los primeros y distinguirlos de quienes no trabajaban. Se puede encontrar también en esta literatura un discurso contrario al alza de los salarios porque ¡no estimulaba el esfuerzo!

En conjunto, la obra de Muldrew es una contribución importante a los debates

historiográficos suscitados por las hipótesis de De Vries para explicar el desarrollo económico de la época moderna. El punto de vista escogido por el autor, las calorías disponibles, es original y el libro aporta un cierto número de resultados cuantitativos y cualitativos de gran interés. Además, la reflexión sobre las motivaciones del aumento del tiempo de trabajo es tanto más fructífera cuanto que se desplaza desde la hipótesis de De Vries sobre el deseo de consumir hacia la cuestión de las concepciones ideológicas del trabajo, por una parte, y de la pobreza por otra. El libro plantea así más cuestiones de las que puede resolver, pues la heterogeneidad y/o la ausencia de fuentes hacen que las estimaciones sean frágiles e impiden a veces llegar a conclusiones firmes.

Fabrice Boudjaaba

C.N.R.S.

Centre de Recherches Historiques (E.H.E.S.S.)

(Traducción de S. Calatayud)

«Revisiter les crises»

Número monográfico de *Histoire et mesure*, vol. XXVI, n° 1, 2011.

Este número de *Histoire et mesure* reúne siete trabajos que tratan sobre crisis agrarias en Italia, España, Francia y Bélgica entre finales del siglo XVI y mediados del XIX. Como los editores, encabezados por Gérard Béaur, explican en la introducción, el objeto de estudio lo constituyen, sobre todo, los *shocks* de oferta en el corto plazo, causados por condiciones climáticas adversas. De manera implícita o

explícita, cinco de las siete contribuciones adoptan como marco analítico el concepto de crisis de subsistencias tal como fue desarrollado por Labrousse. La introducción resume la historiografía posterior y los resultados del volumen para proponer las siguientes modificaciones del concepto original: en primer lugar, una tasa de mortalidad elevada puede no ser un indicador apropiado de un *shock* de oferta ali-

mentaria, ya que las epidemias también afectan a la mortalidad. Por el contrario, la baja fertilidad –causada por la amenorrea vinculada al hambre y por la separación de las parejas en épocas de dificultades– y el aplazamiento de los casamientos parecen indicadores más adecuados de los efectos demográficos de la caída de las cosechas. En segundo lugar, los sectores no agrícolas se vieron menos afectados por los *shocks* de oferta de lo que Labrousse pensaba, sobre todo a causa de que se encontraban, muy a menudo, insertos en mercados suprarregionales y porque, con anterioridad a finales del siglo XIX, dependían de la demanda de las elites, que resultaban poco afectadas por los problemas alimentarios. En tercer lugar, la regulación del mercado, las políticas de empleo y las instituciones de auxilio a los pobres tuvieron la consecuencia de moderar los efectos de las caídas de cosechas sobre el bienestar regional, y la eficacia de estas intervenciones parece que se incrementó con el tiempo.

Dos de las contribuciones tratan, de manera específica, de las crisis agrarias de corta duración en la Europa del sur a finales del siglo XVI y principios del XVII. Abordan, de esta manera, territorios diferentes a los que protagonizan la mayoría de estudios sobre crisis de subsistencias que se centran en periodos posteriores. Guido Alfani explora la grave crisis de la década de 1590 en el norte de Italia y lo hace con una metodología interesante. Partiendo de una perspectiva regional en el alcance geográfico del impacto demográfico, se centra en una comunidad concreta para ofrecer tanto precios del grano como datos de matrimo-

nios, bautismos y entierros. La mala cosecha de 1590 no se reflejó en una mayor mortalidad, sino en una caída de la nupcialidad y la fertilidad. Este resultado refuerza la teoría de los frenos preventivos en las crisis alimentarias. Un resultado de interés es que quienes presentaban una mortalidad mayor en las épocas de hambre no eran ni los niños más pequeños ni los viejos, sino las cohortes entre cuatro y sesenta años. Alfani afirma que las crisis no deben reducirse solamente a los factores climáticos y los consiguientes *shocks* de oferta, a la tecnología agraria o a las densidades de población. Su interpretación tendría que incluir también el cambio institucional, los comportamientos sociales y económicos e incluso los factores psicológicos. Pese a todo, en el trabajo se avanza poco en el análisis de estos factores.

El artículo de Gabriel Jover Avellà trata sobre la economía de Mallorca en los siglos XVI y XVII. Su objetivo es encontrar indicios para la hipótesis de que la modernización económica atenuó la volatilidad de los precios y, con ello, redujo las respuestas demográficas a las crisis. El autor distingue tres periodos. El primero estuvo caracterizado por el final de la manufactura lanera y se vio acompañado por una elevada volatilidad de la producción y los precios. El rasgo predominante del segundo periodo fueron el declive económico, pero también la fuerte intervención del Estado y de las comunidades en los mercados de alimentos. Finalmente, el tercer periodo asistió a una reestructuración de la economía regional tendente a cierta sustitución de importaciones de grano, paralela al desarrollo

de una producción de aceite de oliva orientada a la exportación. El foco del análisis recae sobre los efectos demográficos de la escasez y el aumento del precio del trigo. El autor no encuentra una correlación entre los *shocks* alimentarios y el número de entierros, pero el deterioro de las condiciones económicas en las etapas segunda y tercera hizo que los matrimonios y los nacimientos fueran más sensibles a los problemas de abastecimiento. Es interesante advertir que el aumento y la extensión de las respuestas demográficas a los cambios en los precios del grano se dieron en un contexto de reducción de la volatilidad de precios, un fenómeno que el autor atribuye a una eficaz intervención del Estado en el mercado de cereales (p. 61). Sin embargo, tal intervención fue claramente incapaz de mitigar el impacto demográfico de la escasez.

Un segundo grupo de artículos trata sobre las malas cosechas en Francia y Bélgica entre 1800 y la década de 1850. A partir de una relación cronológica de episodios de *shocks* de demanda, de cambios en otros ámbitos de la economía y de acontecimientos políticos, Nadine Vivier discute la validez del modelo de crisis de Labrousse para la Francia del período. El análisis desagregado por regiones de la crisis de 1845-48 propuesto por Paul Servais demuestra que los efectos demográficos de las malas cosechas fueron mucho más débiles en la Valonia tempranamente industrial que en el resto de Bélgica. Así, las rentas de las actividades no agrarias parecen haber estabilizado la demanda y, de ese modo, mitigado el efecto de la caída de la oferta agrícola. Los resultados refuerzan el

punto de vista del Nobel Amartya Sen de que la capacidad para acceder a los alimentos es clave para comprender el modo en que se desarrollan las hambrunas. Laurent Herment utiliza información de la Cuenca de París para mostrar que en los años 1853-56 se vivió una de las crisis más graves de todo el siglo. Sin embargo, la eficacia de la ayuda parece haber amortiguado los efectos sobre la población, lo cual puede explicar el hecho de que esta última gran crisis alimentaria de la historia de Europa haya dejado pocas huellas en la memoria colectiva y en la investigación histórica.

Finalmente, dos trabajos abordan en el largo plazo las crisis de la economía rural. El artículo de Lana Berasain está dedicado al sur de Navarra durante las décadas posteriores a las guerras napoleónicas, que se caracterizaron por un prolongado declive de los precios del grano. Este fenómeno se puede encontrar también en otros países de la Europa occidental, pero la deflación fue particularmente prolongada en España, básicamente desde 1813 a 1834. El objeto de estudio de Lana Berasain son las estrategias de los campesinos y los grandes propietarios frente a la crisis. El autor destaca los cambios organizativos e institucionales más que las mejoras tecnológicas. Los propietarios redujeron la gestión directa de las fincas y arrendaron una parte mayor, a causa de un aumento de los precios relativos del arrendamiento respecto a los de la tierra. También recortaron costes mediante la reducción de la intensidad del trabajo en el cultivo de la viña. Y, aunque existen indicios de aumentos de producti-

vidad durante la década de 1820, no hay pruebas de un mayor empleo de técnicas ahorradoras de trabajo. La deflación impulsó cambios institucionales como la liberalización de los derechos de propiedad y la secularización de la propiedad eclesiástica, lo cual estableció «los cimientos[...] de un nuevo modelo que hizo posible el ciclo de crecimiento a partir de los años 1840» (p. 99).

Mats Morell propone un extenso repaso de la literatura reciente sobre los procesos económicos y demográficos en Suecia durante los dos últimos siglos. El autor sugiere una periodización que se basa en los niveles de vida establecidos a partir de datos de estaturas. El argumento es que el nivel de vida cayó al mínimo en los años 1720, aumentó hasta, aproximadamente,

1815 y declinó hasta 1860, para aumentar de nuevo a partir de esta última fecha. Este desarrollo no se vio muy influido por las crisis de corto plazo, sino por el cambio en el largo plazo de la relación entre producción agrícola y población. Este resultado es muy diferente del modelo planteado por Abel y Labrousse. Una vez más, en este artículo las malas cosechas y los altos precios para los consumidores no se contemplan como el motor principal del cambio rural: también influyeron, de modo complementario, otros fenómenos exógenos y endógenos.

Johannes Bracht y Ulrich Pfister

Universidad de Münster

(Traducción de S. Calatayud)

Arturo Martínez Moya

La caña da para todo. Estudio histórico cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano (1500-1930)

Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2011, 739 páginas.

La producción de azúcar en la República Dominicana, pese a que cuenta con varios estudios generales y sobre diversos temas y épocas, no goza de un acervo de investigaciones históricas comparable al disponible en el caso de otros productores, y particularmente al de las vecinas Puerto Rico y Cuba. El libro de Arturo Martínez Moya contribuye a resolver esa carencia en una cronología muy extensa, que arranca en los tiempos de la colonización española y concluye al iniciarse la crisis de 1930.

Aparte de lo mencionado, que de por sí es suficiente para comprender el valor de *La caña para todo*, el libro tiene otras virtudes concernientes a sus fuentes y metodología. En primer lugar, no se trata sólo de un estudio del sector azucarero, sino que investiga su peso en la economía y sociedad dominicanas. En segundo lugar, lo hace combinando métodos históricos y económicos y, dentro de estos últimos, técnicas de análisis cuantitativas macro y micro, lo que permite al autor medir el efecto de los factores productivos –inversiones, cambios

tecnológicos—, las modificaciones en el marco institucional, las políticas aplicadas, las estrategias empresariales, en sintonía con las exigencias del mercado, así como precisar su impacto en los rendimientos y costes de los ingenios, además de estimar el PIB y la contribución de la industria y comercio del dulce. En tercer lugar, ese tipo de ejercicio no se realiza con el fin de paliar mediante estimaciones y modelos económicos la ausencia de datos, dado que el autor consulta y sintetiza una ingente cantidad de documentación, primaria y secundaria, para su estudio y sus cálculos: la práctica totalidad de la historiografía acerca de los temas que aborda y las fuentes publicadas, cualitativas y estadísticas, diversos fondos de los archivos generales de la nación y, particularmente, los papeles de la casa Vinici, la más importante corporación azucarera dominicana. Finalmente los análisis se plantean en perspectiva comparada, fundamentalmente respecto a los casos de Cuba y Puerto Rico.

El trabajo se estructura en dos partes con criterio cronológico. La primera, realmente introductoria, analiza la historia azucarera y económica dominicana desde el siglo XVI hasta la industrialización del ingenio, que comenzó en la década de 1860. Los capítulos examinan los estudios sobre el tema y las estadísticas disponibles y llegan a la conclusión de que factores institucionales y políticos impidieron un desarrollo y modernización de la producción de dulce similar al de las Antillas no españolas. Además, cuando se modificó dicho marco en el resto del Caribe hispano y empezó a implantarse en él el sistema de

plantación esclavista establecido en aquellas desde el decenio de 1640, la expansión sustancial de su oferta de azúcar sólo fue posible tras la revolución de Haití (1791), que desalojó del mercado al principal exportador del mundo en ese momento y dejó a disposición de la competencia la trata africana que antes se dirigía a él. Ahora bien, en Santo Domingo, que compartía con esa colonia francesa la isla homónima, lo que predominó entonces fue el impacto negativo de tal acontecimiento, la presencia de tropas de Francia, a la que España cedió incluso el territorio en 1795, los conflictos en su frontera y su ocupación final por el ejército haitiano en las primeras décadas del siglo XIX, situaciones que impidieron que tuviesen igual efecto práctico las referidas reformas coloniales y pudiesen aprovecharse las excepcionales circunstancias que el mismo acontecimiento proporcionó para producir azúcar en las vecinas Cuba y Puerto Rico.

La segunda parte del libro y el núcleo de su investigación, se dedica al período posterior a la década de 1860, cuando la República Dominicana alcanzó su independencia efectiva, tras la expulsión de los haitianos y una breve restauración del dominio español. Coincidiendo con la Segunda Revolución Industrial y la progresiva abolición de la esclavitud en el resto del Caribe, que se completó en el decenio de 1880, el país modernizó su producción azucarera y consolidó su posición en el mercado de dulce con bastante eficiencia, mayor en todo caso que en la vecina Puerto Rico y, si bien inferior a la cubana, con una progresiva reducción de las diferencias de

costes. El capítulo se estructura de un modo diferente, analizando en secciones diferentes la materia prima y el transporte, el mercado de trabajo y el capital, para proponer finalmente un modelo de crecimiento.

Como en sus capítulos iniciales, en la segunda parte de *Caña para todo* se examinan pormenorizadamente las tesis historiográficas respecto a los principales procesos y problemas del crecimiento azucarero dominicano, se mide el efecto de los distintos factores de producción y el impacto en la economía nacional y en la sociedad. Cuando es posible, se hace de modo agregado, para todos los ingenios, y si la información es insuficiente se utiliza y extrapola la de los centrales de la casa Vinici, que han estado por completo a disposición del autor. Toda la información cuantitativa se presenta ordenada y seriada en un extenso apéndice que es una de las principales aportaciones del libro. Con esa metodología, Martínez Moya fundamenta dos tesis principales y correlacionadas. En primer lugar, que el trabajo tuvo una aportación sustancial al crecimiento de la oferta de dulce, incluso en los períodos iniciales, cuando fueron mayores las inversiones, pero fue proporcionalmente mal retribuido, lo que ocasionó fuertes inequidades en la distribución del ingreso. En segundo lugar, y trasladando tales conclusiones a términos macroeconómicos, que los costes de dicho crecimiento del producto de los ingenios superaron los beneficios económicos agregados.

Las razones primordiales que se alegan como explicación de las conclusiones es que la financiación de la industria y el cre-

cimiento azucarero se hizo con capital foráneo, el cual, al contar con trabajo barato (a lo que ayudaba, además, la disposición de mano de obra en otras islas del Caribe, menos costosa incluso que la dominicana) y con una presión fiscal muy baja, repatrió a sus lugares de origen parte de los beneficios y no generó suficientes efectos multiplicadores sobre la economía. Aparte de que los bienes de capital se traían del exterior, en una economía exportadora y abierta la competencia de las importaciones y la falta de crédito suficiente provocó un escaso desarrollo de la oferta interna no destinada al sector externo. Por otra parte, la referida baja presión tributaria impidió un gasto público en infraestructuras y fomento que compensase esas deficiencias; y el bajo nivel salarial comentado, que aún así era mayor en las plantaciones e ingenios cañeros que en otros sectores, tampoco permitió incentivos desde el lado de la demanda, que además se satisfacía en parte con las importaciones. Finalmente, los beneficios que, en compensación, hubiese podido reportar para el país la especialización productiva se expatriaron en parte debido a los costes financieros y a los aranceles de los países importadores, en especial de Estados Unidos, de donde también procedieron la mayoría de las inversiones. Martínez Moya señala que la industria azucarera de la República Dominicana afrontó con relativo éxito los inconvenientes que se le fueron presentando, pero con una progresiva merma de su contribución absoluta al PIB.

En general, las tesis que defiende *Caña para todo* están bien fundamentadas, sus

análisis son razonablemente buenos y correctos, contrastados y cotejados comparativamente con lo que sucede en otros países productores de dulce del entorno dominicano. Quizás la mayor salvedad es la medición del impacto económico del crecimiento azucarero, basada en una estimación del PIB que, por la contabilidad utilizada, parece infravalorar la oferta interna no exportadora en una economía en la que nunca dejó de predominar la agricultura de subsistencia. Este es el principal defecto del libro, junto con la ausencia de una reflexión contrafactual que plantee si, pese a los efectos no suficientemente positivos de la especialización azucarera, hubiesen sido posibles otras alternativas y, en todo caso, si éstas hubiesen tenido como resultado un crecimiento mayor y mejor distribuido. El diferencial salarial del trabajo en los ingenios y sus plantaciones cañeras, la capacidad de éstos para atraer inversiones, generar infraestructuras y comercio y sus efectos multiplicadores sobre el resto de la economía, pese a que podrían haber sido mayores, parecen indicar que en el contexto económico internacional de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX fueron la mejor opción posible. Quizás una comparación con la vecina Haití habría arrojado algunas luces al respecto.

El otro problema que presenta el libro es de índole técnico. El autor carece de suficiente capacidad de síntesis y el discurso es muy repetitivo y reiterativo. En cada uno de sus capítulos se retoma el análisis y explicación de aspectos que ya se habían abordado en otros anteriores y lo mismo ocurre con la discusión historiográfica, que

se estructura por obras y autores en vez de por problemas. Sin duda este es un defecto inherente a que Martínez Moya no es historiador profesional, sino vocacional. Su carrera se ha centrado en la actividad política y empresarial, aunque, sin embargo, esto le aporta un vasto e integral conocimiento de la República Dominicana, de la que se beneficia su obra. Tales deméritos, sin embargo, no son óbice para que *Caña para todo* constituya la aportación reciente más relevante al conocimiento de la industria azucarera y la economía de dicho país y un magnífico recurso para futuras investigaciones gracias a sus análisis y a su detallado y excelente anexo estadístico.

Antonio Santamaría García

Escuela de Estudios Hispano-Americanos,
C.S.I.C.

Juan Manuel Cerdá

Condiciones de vida y vitivinicultura. Mendoza, 1870-1950

Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2011, 251 páginas.

En los últimos tiempos la historiografía argentina ha incorporado la preocupación por los niveles de vida y la desigualdad a los estudios del crecimiento económico. Los trabajos de Gelman y Santilli, Hora, Salvatore, entre otros, permiten dialogar con estudios más ambiciosos sobre la desigualdad y el bienestar comparado de América Latina realizados por Astorga, Bértola, Prados de la Escosura, Taylor, Thorp, Williamson y otros autores durante las últimas décadas. Los estudios provinciales y locales sobre el tema, como éste que se reseña, permiten explorar con detalle los aspectos redistributivos y el impacto que el crecimiento económico tuvo en las condiciones de vida y el bienestar de la población. El libro es una modesta contribución a la cuestión, realizada desde la historia social en la provincia de Mendoza, especializada en la vitivinicultura, que viene a sumarse a las recientes contribuciones de Barrio (2010), Pérez Romagnoli (2010) y Richard-Jorba (2010) sobre la trayectoria de la economía y la sociedad de dicha región¹.

Desde mediados de la década de 1970 se ha investigado bastante sobre el modelo de crecimiento económico argentino y sus pautas regionales; en cambio, menos sobre el bienestar, la desigualdad y la pobreza que afectaban a los sectores populares,

hasta ahora algo descuidados. La historiografía ha dado cuenta de los procesos socioeconómicos sustentados en el modelo agroexportador desde finales del siglo XIX, que hicieron posible la integración de las diferentes regiones al desarrollo capitalista y de la economía nacional al mercado mundial. La mayoría de los estudios enfatizaron el papel de las burguesías y de las políticas implementadas por el Estado a escala nacional y provincial, en la conformación de un modelo productivo basado en la producción de bienes agrarios y en la exportación de productos primarios, básicamente ganaderos. Sin demasiada evidencia, dichos estudios dibujaban un marco de desigualdad social a partir del desarrollo de la gran estancia, especialmente en la pampa ganadera. Recientes investigaciones auspiciadas por Gelman demuestran que la desigualdad aumentó significativamente y sostienen como hipótesis la divergencia de las economías regionales durante la primera mitad del siglo XIX. Pero, ¿qué sabemos de los cambios en los niveles de vida y la desigualdad en las primeras décadas del siglo XX?

El libro de Juan Manuel Cerdá, *Condiciones de vida y vitivinicultura*, centrado en Mendoza, aporta indicios sobre todo ello en un provincia que la historiografía ha considerado más equitativa que otras. Si-

1. Un comentario bibliográfico sobre estas tres publicaciones acerca de la historia vitivinícola en Mendoza puede verse en HIRSCHEGGER (2012).

tuada en el centro-oeste del país, en el límite de la cordillera andina, la provincia de Mendoza es singular en la historiografía argentina. Entre 1870 y 1914 la provincia se incorporó al modelo agroexportador de materias primas como principal productora de vino para el mercado interno, provocando importantes cambios en la estructura socioeconómica. La incorporación de inmigrantes inducida por la vitivinicultura, que pasó a ser la principal actividad económica de la provincia y la más importante en su rubro a escala nacional, tuvo amplias consecuencias en el mercado de trabajo y las condiciones de vida. Tras la crisis cerealista y ganadera de finales de la década de 1860, el empuje inmigratorio revela el atractivo que ejercieron las nuevas bases productivas: del 9,4% de la población, los inmigrantes pasaron a ser el 31,8% en 1914. Las políticas públicas para paliar la escasez de mano de obra dieron sus frutos y la población se multiplicó por cuatro en sólo cuarenta años por la inmigración de extranjeros, principalmente europeos.

Mendoza debió de convertirse muy pronto en un referente nacional para los diferentes grupos sociales. La vitivinicultura generó riqueza y empleo, y en su entorno se fueron generando encadenamientos productivos que crearon nuevas fuentes de trabajo y el desarrollo de un complejo agroindustrial asociado a la industria vinícola, desconocido hasta entonces en la provincia y que supuso la desaparición de actividades artesanales y de servicios que había compartido con otras regiones. La difusión del ferrocarril propició la integración de los mercados regionales y coadyuvó a los pro-

cesos de división del trabajo y especialización productiva por sus ventajas comparativas. Pese a las crisis de sobreproducción y subconsumo en la primera mitad del siglo XX, la industria vinícola lideró las actividades agroindustriales y, hacia 1950, el conjunto de la industria alimentaria representaba casi la mitad del sector manufacturero.

En este contexto, el libro aborda el bienestar y la desigualdad a partir de la distribución de la riqueza, pero también desde indicadores insuficientemente explotados. La historiografía tradicional había construido una visión igualitaria del bienestar mendocino que ha perdurado hasta hace poco y contrasta con la desigualdad advertida en el resto de las regiones, principalmente la pampeana. La propiedad de la tierra y el papel de las estancias han ocupado un papel central en esa visión de los distintos niveles de vida de las regiones argentinas, pero se requerían otros indicadores que hoy son piezas fundamentales del *puzzle* del bienestar. Asumiendo una dimensión menos económica del bienestar y más atenta a las necesidades y capacidades del individuo, incorpora aspectos de la problemática social como el acceso a la vivienda y a la educación, el peso del analfabetismo, la difusión del trabajo infantil y las diferencias de comportamiento familiar y de género en el mercado de trabajo en un periodo de transición demográfica.

Condiciones de vida y vitivinicultura está organizado en seis capítulos. Tras la introducción, en la que revisa la historiografía sobre el crecimiento económico de Mendoza, el primer capítulo versa sobre «el escenario productivo», que identifica dos

etapas: una de expansión vitivinícola hasta comienzos del siglo XX y otra siguiente, de crisis, con secuelas en el mercado de trabajo. En la segunda, los pequeños viticultores fueron los más afectados y tuvieron que afrontar las crisis económicas mediante estrategias de la pluriactividad familiar. Para el autor, se desmitifica así el desarrollo equitativo que había forjado la historiografía más clásica. El funcionamiento y «las características del mercado de trabajo» se analizan con más profusión en el segundo capítulo. Sin embargo, los datos censales usados apenas permiten ir más allá de conjeturas sobre la precariedad e inestabilidad que habían anticipado algunos autores atendiendo al aumento de las protestas. El análisis del mercado de trabajo prosigue en el tercer capítulo sobre el trabajo complementario de las mujeres y de los niños en la economía familiar. Es la sección más novedosa, pues apenas existen estudios de género y trabajo infantil en los mercados de trabajo, casi restringidos a etapas posteriores y cercanas a la historia actual. Las mujeres y los menores suponían casi la mitad del empleo, aunque el trabajo de las primeras disminuyó en términos relativos en el cambio de siglo, para aumentar después. El empleo infantil solo está documentado en el censo de 1914, con un peso considerable en el sector agropecuario frente a la escasa dimensión que adquiere en la industria y los servicios. Los censos no son fiables, según el autor, pues el empleo infantil no quedó registrado y a menudo se englobaba como «contrato de trabajo de familia». Se echa en falta un estudio normativo y analítico más preciso.

Los siguientes capítulos se adentran en las condiciones de acceso a los recursos básicos, la educación y la vivienda, en un periodo de fuerte crecimiento e importantes cambios demográficos. Así, el cuarto capítulo analiza el analfabetismo y la educación como variables de la desigualdad. El peso del primero era alarmante en las periferias de la provincia y menor en la Gran Mendoza y su capital. En conjunto disminuyó, pasó del 58% en 1895 al 17,3% en 1947, pero mantuvo diferencias significativas en las distintas subregiones o departamentos. El capítulo informa sobre la asistencia promedio de alumnos y la dotación de maestros en las escuelas, que demuestran que la escolarización fue significativa pero desigual, siendo relativamente exitosa en la ciudad. Finalmente analiza el abandono escolar que en correspondencia adquiere una mayor dimensión en las regiones marginales, mientras la capital alberga la mayor oferta educativa, y destaca las dificultades de las mujeres para acceder a la educación básica hasta muy tarde.

El capítulo quinto aborda las «particularidades de la transición demográfica». Muestra el retraso de Mendoza en el control de la natalidad, su extrema variabilidad intrarregional pese a la generalización del descenso desde la segunda década de siglo XX, mientras que la mortalidad acusa un comportamiento más homogéneo y un descenso constante desde 1900. Los comienzos de la transición se caracterizaron por tasas de natalidad muy elevadas, mientras la mortalidad refleja avances importantes desde 1915 y sugiere la existencia del *urban penalty* para la ciudad de Mendoza,

que llegó a duplicar las tasas de mortalidad del promedio provincial. Aunque el autor proporciona información sobre la mortalidad por edades, no presenta estimaciones propias de mortalidad infantil ni de esperanza de vida.

El estudio sobre la vivienda se aborda en el capítulo sexto, que traza las coordenadas del desarrollo urbano y la problemática social de las residencias en el contexto nacional. A diferencia de los temas tratados en anteriores capítulos, la cuestión ha recibido un tratamiento extenso en la historiografía que el autor sintetiza. Son pertinentes las comparaciones entre ciudades y destaca la importancia que tuvo la vivienda popular a comienzos del siglo XX, a través de los «complejos habitacionales rurales» y los proyectos de «casas colectivas». Analiza la tipología de las viviendas y la arquitectura que podrían ser objeto de interés entre especialistas del patrimonio urbano y cultural. El hacinamiento y las relaciones entre los propietarios y los inquilinos a partir de los alquileres se analizan con datos censales que demuestran un mayor peso del inquilinato. También atiende a los graves problemas de saneamiento urbano y alcantarillado y señala que la falta de provisión de agua potable y cloacas pudo ser un foco de insalubridad hasta comienzos del siglo XX, cuando la intervención del Estado fue decisiva para la mejora de las condiciones higiénicas y la salud pública. Destaca que los programas de reforma urbana de los gobiernos conservadores permitieran el desarrollo de las casas colectivas para obreros, anticipándose en una década a los planes del primer peronismo.

El libro tiene la virtud de analizar los niveles de vida en un territorio donde el crecimiento económico y el incremento demográfico impulsados por la industria vinícola comportaron importantes cambios en el tejido social. Por la dilatada bibliografía sabemos que las élites locales ocuparon una posición destacada en el entramado político e institucional de la Argentina *moderna* y gozaron de un bienestar semejante al de sus coetáneos en las principales ciudades argentinas y latinoamericanas. Propietarios viñateros, industriales bodegueros, contratistas de viñas y de asalariados, comerciantes, entre otras profesiones vinculadas al sector vitivinícola, constituyeron parte decisiva de una sociedad cada vez más heterogénea y compleja, en la que coexistían con una importante masa de trabajadores, obreros temporeros y peones, cuyo bienestar era insuficientemente conocido. Tiene interés, además, por el uso de indicadores convencionales tratados a escala local y provincial, que revisan las tesis de una sociedad de clase media generalizada. Pero las fuentes estadísticas manejadas apenas ofrecen *indicios* de que la equidad no fue tan significativa como se había señalado. Mendoza no era más igualitaria que el resto, sino tan desigual como el promedio de las provincias argentinas. Muestra un mercado de trabajo jerarquizado, precario y fragmentado que, aun estando bajo un régimen de solidaridad social fuertemente influido por las ideas asistencialistas decimonónicas, posibilitó menos movilidad social ascendente de la que había descrito la historiografía tradicional. Y señala la limitada participación de las clases

populares en los beneficios de la modernización, como consecuencia de una desigual distribución de la riqueza. Inequidad que no sólo se dio entre las familias sino también entre las diferentes subregiones que integran la provincia.

Este libro y otros trabajos recientemente publicados ponen de manifiesto que el renovado auge historiográfico sobre los niveles de vida también cala en la historiografía argentina. En él se explora el bienestar entendido en un sentido más amplio, al que se incorporan nuevos indicadores que permiten indagar los niveles de vida por grupos sociales y se amplía su estudio a las regiones fronterizas y marginales del territorio argentino.

José Miguel Martínez Carrión
Universidad de Murcia

REFERENCIAS

- BARRIO, P. (2010): *Hacer vino. Empresarios vitivinícolas y Estado en Mendoza (1900-1912)*, Rosario, Prohistoria Ediciones.
- HIRSCHEGGER, I. (2012): «Comentario bibliográfico sobre 3 publicaciones acerca de la historia de la vitivinicultura en Mendoza y San Juan, Argentina», *Investigaciones de Historia Económica*, 8, 3, pp. 189-190.
- PÉREZ ROMAGNOLI, E. (2010): *Más allá del vino. Industrias derivadas de la vitivinicultura moderna en Mendoza y San Juan. Dinámicas de una región en formación (1885-1930)*, Rosario, Prohistoria Ediciones.
- RICHARD-JORBA, R. (2010): *Empresarios ricos, trabajadores pobres. Vitivinicultura y desarrollo capitalista en Mendoza (1850-1918)*, Rosario, Prohistoria Ediciones.

Federico Cresti

Non desiderare la terra d'altri. La colonizzazione italiana in Libia

Roma, Carocci, 2011, 418 páginas.

El volumen *Non desiderare la terra d'altri* recorre las diferentes etapas de la colonización agraria fascista en la Cirenaica, la parte oriental de Libia limítrofe con Egipto. El interés por la historia colonial y postcolonial de la «cuarta orilla» y, en particular, por Libia se debe, más allá de celebraciones como el centenario de la guerra italo-turca (1911-2011), a la atención suscitada por el hundimiento del régimen de

Gadafi y los cambios impulsados por la llamada «primavera árabe»². Debe recordarse que la caída de Gadafi, a diferencia de los otros regímenes árabes, se ha producido tras una guerra en la que ha intervenido una coalición internacional de la que formaban parte algunos países europeos.

Arquitectos y urbanistas habían publicado varias monografías sobre los nuevos centros rurales coloniales, pero evitaban

2. En ese mismo año han aparecido en Italia: CALCHI NOVATI (2011); y MORONE (2011). También CRESTI (2012).

contrastar explícitamente este tema con la política racial del fascismo. El patrimonio arquitectónico ha sido estudiado desde el punto de vista estilístico, comparando los experimentos libios con las ciudades y pueblos fundados en la madre patria (la Llanura Pontina, el Tavoliere delle Puglie, Sicilia y Cerdeña). En 1993 y 1994 la Facultad de Arquitectura de Bolonia dedicó una serie de muestras a los pueblos coloniales, cuyos resultados llevaron a la publicación del volumen *Architettura italiana d'oltremare. Atlante iconografico* (Giuliano y Giorgio, 2009). Una especial relevancia, por la riqueza de la documentación y las cuestiones planteadas, tiene el volumen de Vittoria Capresi *Utopia costruita. Centri rurali di fondazione in Libia (1939-1940)* (Capresi, 2010). La cuestión de los pueblos de colonización ha sido objeto de atención particular en las escuelas de arquitectura del mundo anglosajón. Entre otros, citemos los trabajos de Krystyna Clara von Henneberg y de Mia Fuller (von Henneberg, 1997; Fuller, 2009).

Cresti sitúa la colonización demográfica de la Cirenaica en el contexto de la política nacionalista y saca a la luz una memoria sepultada durante la Guerra Fría, la historia del *Ente per la colonizzazione della Cirenaica*, creado en 1932. Crespi sostiene que la planificación social tenía su origen en el mito nacionalista de fundación de la identidad a través de la conquista militar y la repoblación del territorio sometido. Las motivaciones económicas y sociales, el logro de la autosuficiencia alimentaria, eran el medio y no el fin de la colonización rural. En definitiva, Cresti considera los núcleos ru-

rales como instrumento de planificación nacional, una tesis que había ya avanzado en el volumen *Oasi di italianità. La Libia della colonizzazione agraria, tra Fascismo, guerra e indipendenza* (Cresti, 1996)

Como es sabido, el programa de colonización demográfica fue propuesto por el Movimiento nacionalista en 1911, como un elemento de propaganda bélica al servicio de la guerra italo-turca. Fue en ese momento cuando se acuñó el eslogan de «nación proletaria» aplicado a la Italia en su expansión colonial. Libia, convertida en la «cuarta orilla», habría de resolver la cuestión de la emigración. Hasta los años veinte, la presencia en Libia estuvo limitada a la franja costera de la Tripolitania en torno a Trípoli. En este periodo, el mito nacionalista fue modificado por las investigaciones de los expertos. Los técnicos del *Istituto d'Oltremare* de Florencia avanzaron sus dudas sobre la posibilidad de una emigración en masa, tanto por la escasez objetiva de recursos naturales como por la hostilidad de la población local propietaria de la tierra. En definitiva, los estudios demostraban que el problema de la sobrepoblación campesina en la madre patria no podía encontrar solución en la colonización de Libia.

El programa fue retomado en 1932, después de haber vencido definitivamente la resistencia en la Cirenaica. La guerra fascista «pacificó» la región, al precio de destruir las estructuras sociales y de poder de los nativos³. Se derrumbaba así el mito de la «buena gente» italiana. El gobierno colonial demostró ignorar los fundamentos de la cultura de la población nómada a la que

decía querer representar. Según el mito de la superioridad de la civilización italiana en el Mediterráneo, Libia era vista como un paraíso habitado por bárbaros, que iba a ser redimido y devuelto a su antiguo esplendor. Los historiadores italianos Angelo Del Boca, Enzo Santarelli, Giorgio Rochat y Luigi Goglia reconstruyeron, en los años setenta y ochenta, la guerra fascista de 1923-1931 por la conquista de la Cirenaica y revelaron los episodios de violencia contra los sanusíes y la expulsión de sus tierras (Boca, 1986-88; Santarelli, Rochat, Rainero y Goglia, 1981). Se mostraron, en particular, las medidas de represalia adoptadas por los generales Rodolfo Graziani y Pietro Badoglio, con el aval del gobernador de Libia y de Mussolini. En 1931 la población de la Cirenaica había disminuido en una cuarta parte.

En 1932 el gobierno inició la colonización demográfica de la Cirenaica. El programa seguía el esquema de la ley de *bonifica integrale* de 1933, pensado para Italia y que daba mayor poder al Estado a costa de los propietarios. En Libia se adoptó un modelo de intervención pública análogo al experimentado en la madre patria y quienes fueron llamados a dirigir la operación eran los expertos que habían tomado parte en el impulso de la *bonifica integrale*. El autor del plan fue el agrónomo y geógrafo Armando Maugini, jefe del *Istituto agronomico per l'Oltremare*, dependiente del Ministerio de las Colonias. El «plan Maugini» fue aprobado en 1932 por el Ministro

de las Colonias Luigi Federzoni. El programa preveía la transferencia de la propiedad de la tierra al Estado italiano, que dirigiría las operaciones de transformación y la asignación de las explotaciones a los colonos procedentes de Italia, con contratos de *mezzadria*. Con las ganancias de la producción los colonos podrían liquidar su deuda inicial con el ente, con lo que obtendrían el derecho de propiedad sobre la tierra. El objetivo era la fundación de un sistema social basado en la pequeña propiedad campesina. La institución encargada de la gestión de este proceso era el *l'Ente per la colonizzazione della Cirenaica*, creado en 1932. A su vez, el Ente estaba bajo la supervisión del Comisariado de migración interna, que había dirigido las operaciones en la Llanura Pontina. El presidente del Comisariado, el dirigente del sindicalismo fascista Luigi Razza, fue también presidente del Ente. El director técnico era Antonio De Benedictis, que procedía de los servicios agrarios en Eritrea y había sido estrecho colaborador de Maugini.

En este punto aparece el primer interrogante que plantea el libro. ¿Existe un nexo entre la política de colonización de la Cirenaica y los inicios de la política de *bonifica integrale*? En concreto, me refiero a la gran operación de transformación de la Llanura Pontina y la llegada a la zona de más de treinta mil colonos procedentes de Emilia y del Véneto. ¿Los protagonistas de esta historia son los mismos de la *bonifica*

3. El autor retoma la investigación realizada en los años treinta por el antropólogo inglés Edward Evans-Pritchard sobre el orden social y económico de los sanusíes: derecho, organización política y papel de la religión (EVANS-PRITCHARD, 1951).

integrale? El volumen de Cresti no aclara este punto, aunque ofrece pistas de indudable interés. Existía un cierto carácter orgánico en el modelo de planificación ruralista. Los expertos y técnicos de la *bonifica* participaban también en la política de colonización demográfica de la Cirenaica. La diferencia fundamental reside en la eficacia de la planificación desde el punto de vista de la sostenibilidad económica y social. En el Lazio, del mismo modo que en el Tavoliere delle Puglie, la *bonifica* logró una transformación duradera del paisaje agrario. En la Cirenaica, por el contrario, el proyecto fracasó porque estaba fundado sobre la rapiña de la tierra de los habitantes autóctonos.

De 1932 a 1935 se iniciaron los estudios técnicos y se realizaron expropiaciones de tierras. En un primer momento el plan preveía la cooperación con los árabes, sea mediante su empleo como jornaleros en los trabajos de transformación, sea también como colonos en los pueblos musulmanes. En cualquier caso, los proyectos a favor de los árabes pasaron enseguida a un segundo plano. Los gastos para las explotaciones se revelaron más elevados de lo previsto y, ya en 1925, fueron despedidos los primeros operarios árabes. El proyecto experimentó una aceleración con el nacimiento del Imperio (1936) y la política de autarquía en previsión del estallido de la guerra. En 1936 y 1937 fueron inaugurados los primeros poblados agrícolas en la zona de Barce, con nombres de mártires fascistas y héroes del Risorgimento. Se enviaron agrónomos italianos seleccionados por Maugini para supervisar las operaciones sobre el terreno.

También llegaron hombres de negocios y aventureros atraídos por la perspectiva de ganancias fáciles. Cresti dedica muchas páginas a ilustrar el caso de Amerigo Duminini, que había sido condenado por el homicidio del socialista Giacomo Matteotti. Tras su salida de la cárcel, se le dio la oportunidad de rehacer su vida en la Cirenaica.

En esta operación destacaron dos personajes del fascismo, Luigi Razza, sindicalista y exponente de primer plano del partido, que había tomado parte también en la *bonifica* de la Llanura Pontina, y el gobernador de Libia, Italo Balbo, que dirigió todo el proceso. Balbo era una personalidad emergente en el régimen y su iniciativa generó suspicacias por parte de Mussolini. Murió en un accidente aéreo en 1940, pocos meses después de la entrada de Italia en la guerra. En este periodo, Balbo capitalizó todo el mérito de las operaciones de transferencia de emigrantes, a través de una campaña mediática de gran eficacia. Se sirvió, así, de la política de colonización para aumentar el consenso en torno suyo y relanzar la línea «revolucionaria» del fascismo.

En este punto aparece un segundo protagonista del relato de Cresti, el colono que llegaba a Libia desconocedor de lo que sucedía e impulsado por la ilusión de poder salir al fin de la condición de precariedad social. Los colonos italianos fueron víctimas, en primer lugar, del fascismo y después de la guerra, que les puso en el frente expuestos a sufrir las consecuencias de la derrota militar. Resultan extremadamente interesantes las páginas del sufrimiento de los colonos, que pasaron, en el curso de pocos años, del papel de pequeños propieta-

rios al de fugitivos. La responsabilidad del fascismo no reside sólo en los estragos causados a los nativos, sino también en haber persuadido a muchos campesinos italianos a ir hacia un destino que se reveló trágico o que, en todo caso, resultó una realidad muy alejada de las promesas iniciales. En la posguerra los poblados fueron abandonados, aunque algunos colonos permanecieron en Libia después de la independencia del país reconocida en 1951. Su destino fue definitivamente sellado con la subida al poder de Gadafi, que expulsó a los italianos que quedaban y requisó sus bienes.

En la primera oleada de 1938 desembarcaron en Trípoli veinte mil italianos y siguió una segunda llegada al año siguiente. En total llegaron a la Cirenaica más de treinta mil campesinos procedentes de la Italia septentrional y, en menor medida, de Puglia y Sicilia. Se trataba de un número inferior respecto a los cincuenta mil que habían anunciado los nacionalistas, pero no era una cifra insignificante. Se inauguraron varios centros rurales en el territorio, según un plan que exigía la reubicación de la población nómada. Los colonos recibían en dotación veinticinco hectáreas y firmaban un contrato de *mezzadria* adoptado ya en la Llanura Pontina. El rescate de la propiedad de la tierra se volvió de difícil aplicación a causa de la guerra. En el bienio 1939-1941, además, aumentó el endeudamiento del ente de colonización, debido a los costes políticos y sociales de la operación, incrementados por las exigencias de la guerra. Los centros rurales fueron transformados en un presidio militar en el frente. En el otoño de 1942 el experimento

se derrumbó tras la derrota militar de El Alamein y la ocupación de Libia por el ejército aliado.

En definitiva –y esta es la tesis del autor– la colonización demográfica en Libia no logró estabilizar la zona sino que generó conflictos que se resolvieron con la expulsión de los italianos tras la derrota militar del fascismo. La causa principal del fracaso del programa reside en haber ignorado las condiciones del contexto ambiental e histórico. El autor sostiene acertadamente la tesis de que el abandono de los poblados rurales de Cirenaica tras la Segunda Guerra Mundial se debió principalmente al hecho de que se había seguido una política de conquista basada en la negación de los derechos originarios de propiedad de la tierra.

El autor reconstruye, por primera vez a partir de documentos de archivo y de la memoria de colonos y técnicos, el significado de la política de colonización demográfica en el seno de la política de expansión en Libia. En general, considera los aspectos socioeconómicos del colonialismo como parte integrante de una política militar inspirada en una ideología nacionalista. Pero el interés del volumen reside también en otra parte. Cresti indaga el significado y los límites de la política de planificación rural del fascismo, que se inspiraba en el diseño de la *bonifica integrale*. En definitiva, el libro ofrece la posibilidad de comparar las diferentes intervenciones de la política ruralista del fascismo. Permite, por ello, rastrear las analogías y las diferencias entre la experiencia de los asentamientos rurales en Libia y las grandes obras de *bonifica* y poblamiento de la Italia central y meridio-

nal. En este aspecto, el libro ofrece la oportunidad de llegar a una hipótesis interpretativa única y lleva a la conclusión de que hubo diferencias entre los resultados de la experiencia colonial en Libia y Etiopía respecto a los ejemplos de *bonifica* de la Italia central y del sur.

En estos últimos casos, la *bonifica* se propuso la quiebra del sistema del latifundio y la integración social de los campesinos en la Nación. En los territorios coloniales prevaleció, en cambio, la ideología nacionalista expansionista basada sobre la negación de los derechos del otro. Hay que precisar, sin embargo, que estos dos planos distintos eran, en la mente de los protagonistas, coherentes dentro de una misma concepción cultural. Ambas experiencias tenían en común la aspiración a dar solución a la cuestión campesina a través de una política de ruralización. En segundo lugar, las dos experiencias utilizaron los institutos y la cultura jurídica y económica del Estado fascista y recurrieron a los mismos exponentes de la clase dirigente (técnicos y políticos) para elaborar y dirigir el plan. En tercer lugar, ambas reflejaban el programa de política social de nacionalización de las masas campesinas italianas. En definitiva, el libro muestra la utilidad de una visión que integre la historia de la colonización del latifundio siciliano con la colonización belicista en Libia, Etiopía y en los territorios ocupados en los Balcanes.

Las tesis de Cresti han suscitado un debate muy vivo entre los historiadores y han contribuido a levantar el velo de silencio que pesaba sobre la tragedia de la política

demográfica en Libia. Al hacerlo, ha contribuido al replanteamiento más general de la política de poblamiento rural del fascismo. Pero su significado va más allá del periodo colonial. El problema de la tierra sigue siendo fundamental en el actual mundo globalizado. La cuestión afecta a la insostenibilidad del desarrollo a causa del aumento del consumo en las sociedades desarrolladas. Surge aquí el conflicto entre medio ambiente y desarrollo, con implicaciones sobre los sistemas naturales, sociales y éticos. Jared Diamond ha planteado cómo la historia sitúa a la humanidad ante la alternativa dramática entre el colapso de la civilización y la explotación de la tierra (Diamond, 2005). Este discurso afecta, por ejemplo, al fenómeno del acaparamiento de tierras en países con Estados débiles, donde la democracia tiene una escasa implantación. Se trata del fenómeno conocido como «global land grab», con reminiscencias coloniales y cuyo resultado es la creación de enormes latifundios, como está sucediendo en diferentes regiones de América Latina y África. Una superficie de cincuenta millones de hectáreas fue adquirida durante el 2012 o estaba en vías de adquisición por parte de inversores de los países con mayor nivel de consumo, mediante acuerdos que recuerdan la política nacionalista desarrollada en su momento por los países colonizadores. La tendencia actual al acaparamiento de tierras es consecuencia de la creciente demanda mundial de alimentos, del alza del precio del petróleo, de la escasez de recursos hídricos y, por último, de la política miope de la Unión Europea que ha incentivado el uso del biocombustible sin

regular previamente las modalidades de la oferta. El fenómeno de la adquisición de tierras va seguido de la expropiación coactiva del derecho sobre la tierra por parte de poblaciones enteras, que comporta, además, daños sociales y ambientales. Se trata de un proceso que debería interesar también a las regiones del Mediterráneo.

Simone Misiani

Università degli studi di Teramo

REFERENCIAS

- BOCA, A. DEL (1986-88): *Gli italiani in Libia*, Roma-Bari, Laterza, 2 vols.
- CALCHI NOVATI, G.P. (2011): *L'Africa d'Italia. Una storia coloniale e postcoloniale*, Roma, Carocci.
- CAPRESI, V. (2010): *Utopia costruita. Centri rurali di fondazione in Libia (1939-1940)*, Bologna, Bononia University Press.
- CRESTI, F. (1996): *Oasi di italianità. La Libia della colonizzazione agraria, tra Fascismo, guerra e indipendenza*, Torino, Societa editrice internazionale.
- CRESTI, F. (2012): *Storia della Libia contemporanea dal dominio ottomano alla morte di Gheddafi*, Roma, Carocci.
- DIAMOND, J. (2005): *Collapse. How societities choose to fail or survive*, Londres, Viking Press [traducción española: *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Debate, 2006].
- EVANS-PRITCHARD, E. (1951): *Social Antropology*, Londres, Cohen and West.
- FULLER, M. (2009): *Moderns Abroad: Architecture, Cities and Italian Imperialism*, Londres y Nueva York, Routledge.
- GIULIANO, G. y GIORGIO, M.P. (2009): *Architettura italiana d'oltremare. Atlante iconografico*, Bologna, Bononia University Press.
- VON HENNEBERG, K.C. (1997): *The construction of fascist Libya: modern colonial architecture and urban planning in Italian North Africa (1922-1943)*, Ann Arbor, UMI Dissertation Service.
- MORONE, A. M. (2011): *L'ultima colonia. Come l'Italia è tornata in Africa 1950-1960*, Roma-Bari, Laterza.
- SANTARELLI, E., ROCHAT, G., RAINERO, R. y GONGLIA, L. (1981): *Omr Al-Muktar e la riconquista fascista della Libia*, Milán, Marzorati.

Fabrice Grenard

Les scandales du ravitaillement. Détournements, corruption, affaires étouffées en France, de l'Occupation à la guerre froide

París, Payot, 2012, 304 páginas.

El punto de partida del autor es la comprobación de que los «escándalos» de cualquier clase son un tema recurrente en la historia de Francia. En la década de 1940, los escándalos más importantes estuvieron relacionados con

el problema del abastecimiento. Dentro de este marco, el propósito del autor es analizar cómo se interpretaban en su día estos episodios y, al mismo tiempo, cómo los escándalos se utilizaban políticamente por diversos actores. Por tanto, de los términos

del título, el enfoque principal recae más en los «escándalos» que en el «abastecimiento».

Casi todos los capítulos del libro analizan escándalos específicos bajo los nombres con que fueron conocidos en su día. Así, por ejemplo: «de los telegramas», «del azúcar», «del ministro Achar» y «del vino». El libro está organizado en tres partes, siguiendo el desarrollo de la política de abastecimiento. La primera cubre el período desde septiembre 1939 al verano de 1941, la segunda analiza la época desde el otoño de 1941 a la caída del régimen de Vichy en 1944 y, finalmente, la tercera parte trata el resto de la década de los cuarenta. Un resultado interesante es que los escándalos analizados tuvieron una índole bastante variada, lo que da al lector una visión amplia de los problemas que pueden surgir como consecuencia de una situación de crisis de abastecimiento y la consiguiente actuación política.

El libro describe un grupo de casos centrados en varios tipos de fraude «común», como por ejemplo el abastecimiento ilegal de las cantinas para empleados de la administración, en la propia ciudad de Vichy, o el intento en 1943 de comprar ilegalmente una gran cantidad de azúcar en Francia, para luego enviarlo a Alemania. Dentro de este grupo, también se encuentra el capítulo sobre los empleados de correos y ferrocarriles, que utilizaban su fácil acceso a paquetes enviados a prisioneros de guerra en Alemania o a familiares, y robaban alimentos para su propio consumo o para la venta en el mercado negro. Aunque el autor revela hechos históricos cuyos detalles puedan ser nuevos, los capítulos sobre este tipo de frau-

des no son los más interesantes, dado que el carácter de las actividades ilegales es parecido a las que se pueden encontrar en situaciones similares en otros países.

Más interesante resulta el otro grupo de escándalos descrito en el libro, que tienen un carácter más bien político, dada la visión más amplia que se introduce en el análisis. El primero es el relacionado con la falta de intervención en materia de abastecimiento por parte del Estado francés. Esto tuvo lugar entre septiembre del 1939 y la primavera del 1940, es decir durante una gran parte de la «phoney war». La falta de intervención del gobierno francés —única entre los principales poderes beligerantes— se debía a que éste estaba convencido de que la producción nacional y las importaciones eran más que suficientes para aguantar una guerra defensiva prolongada y que Francia tenía, por este hecho, una ventaja estratégica con respecto a Alemania. Otro escándalo político fue el «caso Achar», llamado así por el nombre del Secretario de Estado de abastecimiento en 1941. El escándalo fue en realidad una campaña de difamación por parte de los colaboracionistas franceses en París, que buscaban una política de cooperación con la Alemania nazi mayor que la impulsada por el régimen de Vichy. Otro ejemplo es ya de los años de posguerra, cuando el ministro Pineau prometió, en el verano 1945, que en noviembre de ese mismo año se podrían mantener los precios oficiales del pan y, al mismo tiempo, cancelar su racionamiento. También prometió dejar libre el precio de venta de la carne de los productores a los distribuidores, pero mantener un precio oficial para la venta al

público. El resultado de la introducción de estas dos medidas fue un desastre, por la falta de pan y por la subida de los precios de la carne por parte de los productores, sin que las tiendas tuvieran la posibilidad de cargar el aumento a los consumidores. Finalmente, el autor narra cómo en la segunda mitad de los cuarenta el escándalo del vino, relacionado con un supuesto tráfico de influencias en relación con importación de vino de Argelia, fue instrumentalizado políticamente por el Partido Comunista Francés dentro de la lógica de la incipiente guerra fría.

En todos los casos, cada escándalo es analizado y explicado dentro de un contexto político y administrativo, con el resultado de que, a lo largo del libro, el autor da una visión generalizada del desarrollo de la política de abastecimiento de los distintos gobiernos que hubo en Francia entre 1939 y 1949. Este aspecto aporta un punto de vista muy interesante al tema, dada la gran variedad de sistemas constitucionales –la Tercera República, el régimen de Vichy y la fuerza de ocupación alemana y finalmente la Cuarta República– que rigieron en Francia durante un período de solo diez años. Primero, porque el autor llega a la conclusión de que había un alto grado de continuidad entre la política de abastecimiento adoptada por la Tercera República y la del primer año del régimen de Vichy, ambas caracterizadas por una intervención que, por lo menos al principio, era relativamente limitada y con un alto grado de participación de las organizaciones profesionales. Segundo, porque concluye que también había una gran continuidad entre

la política de abastecimiento de los últimos años del régimen de Vichy y los primeros del gobierno de la Cuarta República, ambas caracterizadas por una intervención estatal muy profunda y similar a la que se adoptó en España después de la guerra civil. Con lo cual, hasta la eliminación del sistema de racionamiento a finales de los años cuarenta, la discontinuidad principal de la política de abastecimiento en esa década ocurrió dentro del régimen de Vichy, en la segunda mitad de 1941.

Al final el autor hace un balance de las diferentes clases de escándalos. Llega a la conclusión de que el del vino marca una transición entre los escándalos de los años cuarenta, principalmente relacionados con el abastecimiento y los de los cincuenta, relacionados con la guerra fría y el proceso de descolonización, que fueron pasos importantes en la deslegitimación de la Cuarta República. Además, concluye que el hecho de que hubiera tantos escándalos no se debió tanto a una corrupción generalizada en la administración estatal, como a una falta de conocimiento y formación profesional en el cuerpo administrativo, tanto durante los años del régimen de Vichy, como después de la liberación. Finalmente, el autor subraya que muchos de estos fenómenos fueron usados políticamente por la oposición, independientemente de su orientación política, dado que el abastecimiento era un tema de primera importancia para la mayoría de los franceses y, por lo tanto, un flanco fácil de atacar por cualquier oposición contra cualquier régimen.

En resumen, Fabrice Grenard ha escrito un libro interesante, que muestra un

conocimiento profundo del tema, tanto en el ámbito nacional como local. Los muchos ejemplos de «fraudes comunes» contra la legislación de abastecimiento están basados en una gran variedad de fuentes, que dan una gran credibilidad al relato. Sin embargo echo de menos varios temas y discusiones que podrían incrementar aún más el interés del libro. Como he escrito al principio, el punto de partida del autor es que los «escándalos» de diferentes tipos constituyen un tema recurrente en la historia de Francia. Además, el autor hace constar que los más importantes en la Francia de la década de los cuarenta fueron los relacionados con el problema del abastecimiento. Teniendo esto en cuenta, echo de menos en la obra una definición del concepto de «escándalo». ¿Cuáles son sus rasgos principales?; ¿pueden ser categorizados según su naturaleza?; ¿por qué aparecen?; ¿qué opinan otros investigadores sobre el tema?; etc. A pesar de que el autor afirma que el escándalo del vino marca una transición entre los años cuarenta y los cincuenta, el análisis en su conjunto aparece un poco suspendido en el aire, por la falta de una definición del concepto y de una visión más amplia del desarrollo histórico de los «escándalos» en la vida política y económica de Francia. Dicho de otra manera, el libro hubiera resultado aún más interesante si el conocimiento profundo del autor de la historia de mercado negro hubiera sido complementado con una visión más amplia del contexto histórico y/o una discusión más teórica del concepto clave del libro.

Como se deduce de este comentario, no estamos exactamente ante un libro de his-

toria económica, ni de historia de la política de abastecimiento en Francia durante los años cuarenta, aunque las dos cosas aparezcan como temas secundarios en el libro. A lectores con más interés en estos aspectos, se les puede recomendar el libro del mismo autor *La France du marche noir* (Grenard, 2012), donde analiza el tema del mercado negro desde un punto de vista más convencional. No obstante, el tema principal de *Les scandales du ravitaillement* es una elección interesante y el resultado es un libro que se puede recomendar.

Thomas Christiansen

REFERENCIA

GRENARD, F. (2012): *La France du marché noir, 1940-1949*, Paris, Payot.

Daniel Lanero Táboas

Historia dun ermo asociativo. Labregos, sindicatos verticais e políticas agrarias en Galicia baixo o franquismo

Santa Comba (A Coruña), TresCtres Editores, 2011, 585 páginas.

En *Historia dun ermo asociativo*, Daniel Lanero analiza con contundente minuciosidad el entramado sindical que erigió el régimen franquista en Galicia, así como las políticas agrarias desarrolladas. El libro es producto de los trabajos previos conducentes a la tesis doctoral y constituye un nuevo ejemplo de las investigaciones impulsadas desde el potente grupo de Historia Agraria de la Universidad de Santiago de Compostela.

Y es que tras las grandes síntesis aparecidas desde finales de los setenta sobre diversos aspectos de la agricultura española (Naredo, 1975; Castillo, 1979; Ortega, 1979, entre otras), desde mediados de los ochenta la atención de los investigadores ha venido orientándose en gran medida hacia los espacios subnacionales, en un proceso de regionalización de la historiografía española en el que la propia articulación del actual estado autonómico no ha resultado ajena. Inserto en este contexto, la monografía que nos ocupa se enmarca en el espacio comprendido entre la historia de las instituciones franquistas –con un claro precedente al trabajo de Manuel Ortiz Heras (1992) sobre las Hermandades en la provincia de Albacete– y la historia agraria del franquismo, con algunos ejemplos regionales recientes como el de Bretón (2000) y Del Arco (2007).

El voluminoso estudio de Daniel Lanero se articula en tres partes. Una pri-

mera dedicada a desentrañar las bases legislativas e ideológicas del sindicalismo vertical franquista; una segunda en la que analiza las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos de Galicia, fundamentalmente las de la provincia de Pontevedra, y una tercera en la que pretende explorar las dinámicas establecidas entre las instituciones y las políticas agrarias desarrolladas por el franquismo, centrándose especialmente en el denominado Plan Agrícola de Galicia de 1945.

En la primera parte el autor analiza someramente y desde una perspectiva nacional la progresiva articulación del aparato sindical en el campo durante la década de los cuarenta, teniendo en cuenta tanto el componente fascista del régimen como la herencia legada por el corporativismo socialcatólico de la Confederación Nacional-Católica Agraria (CNCA).

Es en la segunda parte –que de hecho constituye el grueso de la obra–, en donde Daniel Lanero acomete el irrenunciable –aunque a veces áspero– análisis de la implantación y desarrollo de las estructuras sindicales agrarias en Galicia entre 1942 y 1977. Sobre ese «ermo asociativo» producto de la supresión violenta de las sociedades campesinas de preguerra, el régimen injertaría la nueva realidad sindical agraria. Tras el estudio de la intrincada maraña legislativa, Daniel Lanero se sumerge en el análisis del armazón sindical gallego «desde

abajo», partiendo del espacio local (Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos), siguiendo por el ámbito provincial (Cámara Oficial Sindical Agraria, COSA, a partir de 1947) y finalmente el nacional (Junta Nacional de Hermandades a partir de 1962). Y lo hace a través de un exhaustivo análisis de fuentes localizadas en el Archivo de la Cámara Agraria Provincial de Pontevedra, en el Archivo Histórico Provincial de Pontevedra, pero también en el Archivo General de la Administración.

Las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos constituyeron uno de los principales instrumentos para el encuadramiento de la población rural por parte del régimen y específicamente a través de FET-JONS. Sin embargo, junto a esta función de encuadramiento y control, las Hermandades procuraron ofrecer una serie de servicios a sus miembros, aunque fuera con diversa fortuna. A este respecto adquieren especial interés los apartados dedicados al estudio del cooperativismo franquista en la provincia de Pontevedra. Tras el análisis de diversas experiencias cooperativas, Lanero concluye que el funcionamiento de las «Cooperativas del Campo» resultó ser el de «meras cooperativas de consumo de funcionamiento más ben deficiente» (p. 214). Entre otros factores, la salvaguarda de diversos intereses privados (distribuidores, grandes productores) condicionó enormemente el desarrollo de las cooperativas, que fueron incapaces de «executar o ciclo completo de producción, transformación e distribución/comercialización por si mismas» (p. 215). Salvo contadas excepciones –

como FEIRACO en la década de los sesenta– las Cooperativas gallegas «reduciéronse ó fornecemento de *inputs* para a agricultura (anticriptogámicos, pensos, fertilizantes inorgánicos, sementes[...]) característico das cooperativas de consumo». (p. 224)

Esta circunstancia, junto a los escasos resultados del Servicio Nacional de Crédito Agrícola, la errática política ganadera o la escasa capacidad de transferencia tecnológica por parte de las entidades sindicales, permiten a Daniel Lanero afirmar que, en relación a la modernización del agro gallego, frente «ó primeiro terzo do século XX, no que as prácticas cooperativistas das Sociedades Agrarias foran clave no proceso de innovación tecnolóxica, a partir dos anos 60 asistiremos a un modelo de innovación individualizado que traerá consigo fortes consecuencias económicas e ambientais» (p. 529).

Por otro lado, en el plano institucional el fracaso a la hora de establecer una «cuota sindical agraria» (pp. 156 y ss.) y la tardía constitución de una Hermandad Nacional de Labradores y Ganaderos –tan sólo a partir de 1962 (pp. 315 y ss.)– expresó meridianamente las limitaciones de los sectores nacional-sindicalistas. Si lo primero redundó en una falta crónica de financiación que restringió las posibilidades de actuación real de las Hermandades, lo segundo supuso una importante limitación a la hora de articular a escala nacional las demandas campesinas o, más concretamente, las inquietudes de las elites sindicales agrarias.

En un segundo apartado, el autor propone una aproximación «sociológica dos

líderes sindicais da ditadura franquista no contexto rural galego» (p. 339), partiendo desde los marcos locales, para alcanzar las jerarquías nacionales y en particular la figura del acérrimo falangista Diego Aparicio López, al frente de la Junta Nacional de Hermandades entre 1946 y 1953. Una aproximación incompleta y parcial –tal y como reconoce el propio autor (p. 365)– y que refleja por un lado la necesidad de intensificar los estudios prosopográficos y biográficos del personal afecto a las instituciones de la dictadura (Alares, 2008), pero también las dificultades de acceso a determinados archivos (p. 361). En cualquier caso, la caracterización del personal político sindical debería enriquecerse, sobre todo en el ámbito local y provincial, con un análisis que trascendiera los perfiles socio-profesionales, incluyendo otras variables de carácter cualitativo como la pertenencia a redes clientelares o las solidaridades en torno a una determinada cultura política.

Lanero señala la utilidad de las Hermandades para la promoción social de sus responsables, así como para el establecimiento de redes clientelares a través de la gestión de diversos recursos, como los vinculados a la previsión social (p. 352). De la misma manera, la propia labor de mediación de las Hermandades entre los labriegos y la administración del Estado permitió incrementar a ojos de los agricultores el valor de estas instituciones y, por extensión, el de sus responsables sindicales. Una circunstancia que permitió a numerosos secretarios de Hermandades acumular un capital político del que obtendrían réditos ya en plena etapa democrática (pp. 353 y

ss.). Lanero alude igualmente a la negociación e intermediación de dirigentes de Hermandades y alcaldes ante la política intervencionista estatal (fundamentalmente del Servicio Nacional del Trigo y de la Comisaría General de Abastecimiento y Transporte), lo que generó nuevos vínculos clientelares o reforzó los ya existentes, y, en cualquier caso, se explicitó la importancia de los espacios locales como escenarios en la determinación de políticas de mayor nivel (p. 400).

Por último, a partir de un estudio de caso el autor analiza las Hermandades como instrumentos de representación social dentro de la «democracia orgánica» franquista, aludiendo a su carácter restrictivo, mayoritariamente fraudulento y articulado fundamentalmente a través de procesos de cooptación (pp. 415 y ss.).

La última parte de la obra pretende analizar el papel desempeñado por las Hermandades en el desarrollo de la política agraria del régimen, a través del Plan Agrícola de Galicia. Un plan diseñado en 1945, que vino a plasmar muchas de las ambiciones falangistas, y que el autor define como un «proyecto global de «modernización» do mundo rural galego baseado en principios económicos autárquicos [...]» (p. 431). Cierra la obra un capítulo dedicado a los proyectos de mejora ganadera vacuna y a la Colonización de Interés Local, como instrumentos de mejora técnica y social de los labriegos en los que también se implicaron las Hermandades.

Historia dun ermo asociativo ofrece ciertas conclusiones importantes y proporciona otros nuevos interrogantes que sin duda

enriquecerán análisis posteriores sobre el mundo agrario bajo la dictadura. Uno de los ejes que atraviesa la obra de Lanero es la constatación de diversas sensibilidades en el seno del régimen respecto a las políticas agrarias. Una variedad de criterios –en ocasiones conflictiva– que respondió tanto a intereses corporativos (p.ej. ingenieros *versus* veterinarios), como económicos (productores y distribuidores privados), pasando por una multitud de desencuentros y rivalidades políticas (falangistas *versus* social-católicos, Partido *versus* Ministerio, Sindicato *versus* Partido, etc.), que nos remiten a una interpretación dinámica del régimen que escaparía a la conceptualización del mismo como un ente monolítico.

Por otro lado, a lo largo de *Historia delermo asociativo* se reitera la condición de fracaso de las estructuras sindicales agrarias: fracaso a la hora de encuadrar activamente al campesinado frente a la desmovilización impulsada por el régimen; fracaso a la hora de ofrecer vías para la modernización de la agricultura (a través del crédito, el cooperativismo o la mejora tecnológica); y fracaso a la hora de establecer una representación sindical estatal. Y es que el franquismo fue extremadamente exitoso a la hora de destruir las redes societarias previas a 1936 pero, en palabras de Lanero, no llegó a ofertar «ningunha alternativa novidosa e viuse obrigado a retomar (sen admitilo, por suposto) os vellos modelos de transformación, iso si, nunhas condicións de partida moito peores, produto da represión e do desartellamento efectuados» (p. 549).

Un último comentario se refiere al formato de la edición, a doble columna y con

ciertos alardes estéticos. Un formato que, si bien ofrece un indudable atractivo visual, no es menos cierto que no favorece la lectura. Y no únicamente por la doble columna, sino también por la disposición agrupada de notas y cuadros, así como por la inclusión de un índice de contenidos escasamente operativo. De la misma manera, se echa en falta un índice onomástico que facilite el rastreo de los personajes que participaron en el establecimiento del entramado sindical agrario. Por último, habríamos agradecido una jerarquización de los contenidos más precisa y acorde con criterios cronológicos que, entre otras cosas, habría dotado de mayor agilidad al texto y facilitado una visión de conjunto diacrónica. En cualquier caso, esta circunstancia no desmerece un sólido trabajo que sin duda ofrecerá nuevas perspectivas para el estudio del mundo rural bajo el franquismo y que contribuye notablemente al conocimiento de las políticas agrarias del régimen y su articulación institucional en el agro gallego.

Gustavo Alares López

Instituto Universitario Europeo

REFERENCIAS

- ALARES, G. (2008): *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución «Fernando el Católico», 1943-1984: una aproximación a las élites políticas y culturales de la Zaragoza franquista*, Zaragoza, IFC.
- BRETÓN, V. (2000): *Tierra, Estado y Capitalismo. La transformación agraria del occidente catalán, 1940-1990*, Lleida, Milenio.
- CASTILLO, J.J. (1979): *Propietarios muy pobres: sobre la subordinación política del pequeño cam-*

- pesino en España. La Confederación Nacional Católico-Agraria, 1917-1942*, Madrid, Ministerio de Agricultura.
- DEL ARCO, M. (2007): *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares.
- NAREDO, J.M., LEGUINA, J. y LEAL, J.L (1975): *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970)*, Madrid, Siglo XXI.
- ORTEGA, N. (1979): *Política agraria y dominación del espacio. Orígenes, caracterización y resultados de la política de colonización planteada en la España posterior a la guerra civil*, Madrid, Ed. Ayuso.
- ORTIZ, M. (1992): *Las Hermandades de Labradores en el franquismo: Albacete, 1943-1977*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses.

Calestous Juma

The New Harvest. Agricultural Innovation in Africa

Oxford, Oxford University Press, 2011, 268 páginas.

«**E**n el curso de una generación, África podrá alimentarse a sí misma». Éste es el optimista pronóstico del profesor Calestous Juma en la introducción (pág. XX) de su reciente – e importante– libro sobre el futuro de la agricultura africana. La visión de Juma se apoya en tres pilares: los avances en la ciencia, la tecnología y la ingeniería; la creación de mercados regionales; y la emergencia de nuevos dirigentes empresariales dedicados al desarrollo. El libro se organiza, precisamente, a partir de estos tres elementos, con una atención especial al primero.

El énfasis de Juma está bien dirigido. La agricultura es el medio de vida básico para cerca de dos tercios de los habitantes del África Sub-Sahariana. La productividad agrícola determina directamente su bienestar (el 80 por ciento de los pobres de África viven en el campo), e indirectamente afecta también al bienestar de la población urbana a través de su impacto sobre el pre-

cio de los alimentos. La agricultura, como apunta el autor, es también decisiva para el crecimiento económico del continente. Contribuye, como media, al 15 por ciento del PIB (el 20 por ciento si excluimos Sudáfrica) y esta proporción se acerca a los dos tercios en los países más pobres no exportadores de petróleo.

El libro está organizado en siete capítulos. El primero sitúa la discusión en el contexto del desarrollo económico y en la dimensión regional y destaca el lugar de la agricultura en las economías africanas. El capítulo segundo repasa el contexto tecnológico y los desafíos a los que se enfrenta la agricultura del continente. La Revolución Verde, que transformó decisivamente la agricultura en Asia y América Latina está arraigando ya de manera firme en el África Sub-Sahariana. Este capítulo destaca el conjunto de innovaciones tecnológicas disponibles en África, aunque presta una justificada atención a los peculiares desafíos

que singularizan la agricultura africana de cara a la aplicación de los avances de la Revolución Verde. El núcleo de la aportación de Juma reside, sin embargo, en los capítulos tercero al séptimo, en los que el autor desarrolla su visión de cómo avanzar en esta dirección.

El libro enmarca la innovación agrícola en un contexto sistémico más general. El capítulo tercero ofrece un repaso de los sistemas de innovación en agricultura. Aquí Juma introduce un tema que impregna todos los capítulos restantes: la necesidad de reformas institucionales para posibilitar la innovación agrícola en África. La meta de estas reformas sería la integración plena de lo que Juma identifica como los elementos clave de un sistema de innovación: investigación, enseñanza, extensión y comercialización. Tal integración requiere una mayor coordinación de las actividades de los actores públicos y privados y la sociedad civil. A través del estudio de una serie de países, Juma demuestra que es preciso recorrer simultáneamente dos vías: un entorno político y una estructura de gobierno favorables, combinados con esfuerzos continuados para ampliar la capacidad de innovación científica.

El elemento básico de este sistema de innovación es la «infraestructura adecuada» descrita en el capítulo cuarto. Juma define el concepto de infraestructura de manera amplia para incluir «[...] recursos, estructuras, equipamiento asociado, servicios y acuerdos institucionales que faciliten el flujo de bienes, servicios e ideas relacionados con la agricultura» (p. 84). En conjunto, todo ello proporcionaría «[...]

los fundamentos para aplicar el conocimiento técnico a un desarrollo sostenible» (p. 84). Al destacar tanto la centralidad como la escasez real de las infraestructuras rurales africanas, Juma se une a un amplio grupo de observadores, en lo que son problemas bien conocidos. Sin embargo, la formulación del autor pone un énfasis nuevo en el papel potencial de las organizaciones regionales de África a la hora de coordinar y llevar a cabo las necesarias inversiones en infraestructuras. También aporta la original idea de utilizar la ingeniería y capacidad técnica de los ejércitos africanos para el desarrollo de las infraestructuras.

El capital físico cuenta poco, sin embargo, en ausencia del capital humano necesario para su utilización. Juma sostiene en el capítulo quinto que los sistemas educativos de África llevan a los países a renunciar a los potenciales incrementos de productividad agraria, en la medida en que no consiguen enseñar a los estudiantes a «[...]maximizar las oportunidades que tienen a su disposición en sus propias comunidades» (p. 114). En lugar de ello, los sistemas educativos tienden a centrarse en cualificaciones que estimulan a los jóvenes a emigrar a las ciudades. Además, deberían dar prioridad a la formación de las mujeres jóvenes. Las reformas necesarias afectan a todo el espectro educativo, desde la infancia hasta el nivel universitario. En este punto, la enumeración que hace Juma de las deficiencias educativas de África no es original. Sin embargo, ofrece una discusión convincente que muestra con claridad las conexiones entre los resultados edu-

cativos y los de la agricultura, y sugiere posibles vías para el cambio.

El punto nodal en el sistema de innovación que propone Juma reside básicamente en los gobiernos. El siguiente elemento que el autor estudia es la existencia de un sector privado empresarial. El principal foco de esta discusión, recogida en el capítulo sexto, reside en el sector de las semillas, que Juma considera como uno de los principales obstáculos para el desarrollo agrícola africano. La cuestión se aborda aquí a través del estudio de casos. Por ejemplo, el autor detalla el éxito de India en promover el desarrollo de una industria privada de semillas. Una lección clave que extrae de ello para el caso africano es que el éxito de estas compañías indias se basó en una estrecha colaboración con los institutos de investigación agronómica. Esta modalidad de colaboración entre el sector público y el privado es particularmente importante para productos de poco valor como el sorgo y el mijo. Tales cosechas son vitales para los pobres y es posible que las empresas privadas no cuenten con incentivos comerciales para justificar las inversiones que requiere el desarrollo de nuevas variedades. De manera similar, Juma explora el papel del sector privado en la transformación del sector de procesamiento de alimentos, que él describe como «[...] cada vez más estratégico desde el punto de vista de las ganancias de las exportaciones, la reestructuración de la industria nacional y la seguridad alimentaria de los ciudadanos» (p. 155). Entre los aspectos más creativos de la discusión de Juma sobre el potencial del sector privado, está el énfasis en la coordinación regional y

subregional para que las empresas privadas del sector agrario alcancen una escala suficiente. Tal coordinación puede comportar la armonización de regulaciones y la disminución de las barreras comerciales para semillas e insumos agrícolas vinculados a ellas.

El aspecto más singular de este libro se encuentra en el capítulo séptimo, en el que Juma explora el papel potencial de ocho Comunidades económicas regionales de África para gestionar los sistemas de innovación descritos en los capítulos precedentes. El autor basa esta discusión sobre la premisa de que «...la integración regional efectiva es un proceso de aprendizaje que implica una continua adaptación institucional» (p. 166). Tal integración es particularmente importante para la innovación tecnológica. A partir de ejemplos tomados de las biociencias, Juma argumenta que las Comunidades económicas regionales pueden impulsar una cultura de la innovación. Parte de este argumento reside en los beneficios de la coordinación internacional en actividades en las que la escala cuenta. La innovación tecnológica se podría considerar, así, como parte de un proceso más amplio de integración económica. Para Juma, organizaciones regionales como el Mercado Común del África Oriental y Austral (COMESA) y la Comunidad para el Desarrollo del África Austral (SADC) serían las instancias naturales para llevar a cabo este proceso.

Este es un argumento razonable, pero Juma reconoce las dificultades que comporta: «promover una agenda orientada al crecimiento requiere ajustes en la estruc-

tura y funciones del gobierno a escala regional, nacional y local» (p. 175). Esto es mucho pedir. A título de ejemplo, Juma recuerda que en 2010 ningún jefe de Estado o Gobierno de África tenía como asesor a científicos relevantes. Los órganos regionales pueden proporcionar los centros a través de los cuales se puedan impulsar los cambios culturales e institucionales.

Para hacer de la innovación científica una prioridad se requiere no sólo compromiso político sino también liderazgo ejecutivo. Así, Juma argumenta que los jefes de Estado han de jugar el papel protagonista en la promoción de políticas de innovación coordinadas regionalmente. El conjunto de prioridades incluye también los fondos necesarios. Aquí el autor propone un sistema de remuneración de las iniciativas, a fin de incentivar la innovación y atraer mayores flujos de inversión en desarrollo tecnológico. Finalmente, Juma sugiere que tales esfuerzos han de ser integrados en una especie de «diplomacia científica» entre los países en desarrollo y los desarrollados, con una presencia mayor que hasta ahora de la innovación científica en la ayuda al desarrollo.

Estas son las grandes líneas del sistema de innovación contemplado por Juma. Son también las más problemáticas desde el punto de vista de la aplicación práctica, pero el libro proporciona una idea bastante completa de lo que debería ser. El autor describe en detalle cómo podría operar un conjunto ideal de sistemas de innovación coordinados a escala regional. El problema aquí está en ese «podría». Juma no va muy lejos en la prescripción de cómo superar en

la práctica los importantes obstáculos derivados de las prioridades nacionales enfrentadas y de los conflictos de intereses. En un continente acosado demasiado a menudo por la inestabilidad política, la creciente presión medioambiental, la escasez de recursos y las tensiones internacionales, la visión de Juma de sistemas cooperativos de innovación que den prioridad a la agricultura aparece como un ideal. Esta es una limitación y una debilidad del libro. En todo caso, los desafíos que plantea la aplicación práctica no restan valor a la obra. Es en la poderosa síntesis de los problemas y oportunidades que afronta la agricultura africana y, por ende, el desarrollo del continente, donde reside lo más valioso del texto. Muchas de las cuestiones tratadas resultarán familiares a los especialistas. Sin embargo, la amplitud de sus planteamientos y la accesibilidad de la explicación hacen del libro una valiosa contribución, capaz de llegar a una audiencia amplia que debería incluir a los actores políticos cuyas actuaciones y prioridades el autor trata de transformar.

Steven Block

Tufts University

(Traducción de S. Calatayud)